

En el año 776 d.C., sacerdotes mayas astucos se reunieron en la ciudad sagrada de Copán para sincronizar sus dos calendarios, el sagrado y el profano, el tiempo de los dioses y el tiempo de los hombres. Un retrato en grupo de los participantes quedó esculpido en un altar de piedra en la misma ciudad. Hoy, más de doce siglos después, petrificados los astrónomos, maestros sus mitologías y custodiado su sistema de medir y marcar el tiempo los tucanes y loros por el calendario Gregoriano (de festividades religiosas cristianas, basadas en las fases de la Luna y la división europea de las estaciones), nosotros podemos ver claramente que la ruta llega a Copán no del cielo, sino de la tierra, no de los dioses, sino de los hombres.

Actualmente, la Selva Lacandona es la víctima natural de las codicias, discordias, violencias y explosiones demográficas humanas. Lo que queda de ella, por el ritmo de deforestación que sufre, está condenado a la desaparición a fines de este siglo. Conflictos étnicos, religiosos, económicos, políticos y sociales, y el enfrentamiento entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el gobierno mexicano, hacen, por el momento, una relación ecológico-histórica difícil e improbable.

La noche infinita

El penúltimo traductor de Hericlio el Oucuo, quien dijo que "El Sol no debe transgredir sus acordes, de otra manera las Furias, ministras de la Justicia, lo castigarán", junta en su obra a Copán, la Selva Lacandona y la ciudad de México, porque, en su manera y en su época, en estos lugares se han sobreexplotado los recursos naturales y han rebasado los límites de su crecimiento. Abolida la cuenta ritual de 260 días, podemos decir que Copán, como Teotihuacan, Monte Albán, Chichén Itzá y otros lugares prehispánicos desde donde se observaba el cielo, avanza hacia el pasado, hacia la noche infinita.

Nos encontramos a la vuelta de la esquina del año dos mil, en año dos mil, marcada por el calendario Gregoriano, el cual se adoptó en 1582 en Italia, Francia, España y Portugal y ahora se dice de uso universal, aunque más modestamente, es de uso mundial. Como se sabe, el calendario Gregoriano recalculó al romano Juliano, que empezó el año en mayo y que terminó el año por junio de 15 siglos.

Nuestro conocimiento de la historia antigua es muy relativo, es misterio de fechas, porque antes de 1492, por ejemplo, es muy difícil saber con exactitud qué eventos o reinados fueron datados según el año de la Encarnación del Señor o el de su Pasión, o el de su Resurrección. Los judíos, cuyo calendario lunar data el importante año de la creación del mundo en 3761 a.C., y los musulmanes, cuyo Profeta como punto de partida la Hégira, o la emigración de Ma-

Hacia el fin del milenio

HOMERO ARIDJIS

Washington

Homero Aridjis, uno de los más destacados escritores latinoamericanos contemporáneos, se instala en una reflexión "tercermundista" acerca de las predecibles consecuencias del desarrollo indiscriminado, desde una perspectiva histórica, humana y también...poética.

ma de la Meseta a Mérida en el 682 d.C., celebraría el año dos mil con el mismo entusiasmo que los Occidentales? y los indios, que adoptaron el Gregoriano para fines seculares, y rigieron su vida religiosa con el calendario hindú, ¿guardan también a las calles a sentir el acrobata del tercer milenio? En lo personal, dentro las fiestas de Año Nuevo y me temo que la conmemoración del año dos mil me va a resultar dos mil veces más deprimente.

En el año de Copán, en su Catedral Episcopal, se intentó incorporar la historia de la Iglesia en el marco de la historia del mundo, iniciándola con Adán. Si la Iglesia se decía fundada por los apóstoles, y los apóstoles hablaban de Jesús, divide el tiempo en su antes y en un después de Cristo resulta evidente. Pero si el tucanismo de Cristo, como recuerda Jacobus Villanus, permea más al orden del universo que al orden natural, y Mateo Lucas, autores de los Evangelios, hablan de la infancia de Jesús, hacen más bien Cristología, entonces, ¿cómo podemos pensar de acuerdo para comenzar el tiempo en divisiones, regularlas y para fechar eventos?

La crónica del mundo

Rudolf Bultmann indicó que "las narraciones más antiguas de los pueblos no son sus historias, sino mitos. Sus mitos no son experiencias y hechos humanos, sino teogonías y cosmogonías". Así Herodoto en su manera de recopilar hechos históricos lo hace como si estos fueran una sucesión de mitos. Tucídides fue, quizás, el primer hombre que consideró la historia como una forma de conocimiento. Lo que se dice sobre la historia, podría decirse sobre la manera de algunos pueblos antiguos de

medir el tiempo: los mexicanos la vinculaban a la mitología, y los cristianos a la cristología.

Sabemos que en el hipotético año 221, Julius Africanus se echó encima la tarea imposible de hacer una Crónica del Mundo, incluída en la Crónica del Mundo. Fue la Encarnación de Jesús el año 5500 de la creación del mundo y su retorno en el año 550. La historia tendría una duración de 6,000 años. Por fortuna, sus cálculos no resultaron ciertos.

La Primera Crónica General de España o Estoria de España, que mandó compilar el rey Alfonso el Sabio en el siglo XIII, principia describiendo cómo Moisés escribió el libro del Génesis. Incluyó relatos bíblicos, griegos, árabes, romanos y godos,

hasta llegar a los reyes españoles. La crónica entre historia, religión, cristología, mitología, leyenda y fábula fue conmovedora. Así, muchas historias antiguas no sólo comenzaron con Jesús, sino con Dios.

José de Vitor, en el siglo XII, dividió la historia en tres periodos: el del Padre (Viejo Testamento), el del Hijo (Nuevo Testamento), en el cual vivimos, y el del Espíritu Santo (el Reino Milenario). A esta cronología, quizás, debemos una de las obras maestras del arte plástico: "El Juicio de las Delicias", de Hieronymus Bosch.

En el contrato eurocentrista de la cultura, donde en los recuerdos conmemorativos del año 2000 fácilmente se acomoda-

ran las catedrales góticas y los esplendores de las ciudades de destino (Venecia, París, Londres, Nueva York), los génesis del arte, la literatura, la filosofía y la música (Dante, Michelangelo, Leonardo da Vinci, Durero, Shakespeare, Cervantes, Rembrandt, Vermeer, Spinoza, Voltaire, Goethe, Mozart, Beethoven, Goethe, Carroll, Flaubert, Dickens, Machado de Assis, Frost, Dostoyevski, Tolstói, Kafka, Joyce, Borges), y personajes como Colón, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, Galileo, Copérnico, Newton, Marx, Edison, Einstein, Freud, Pasteur, Fleming. Junto a estos valores, no sabemos con qué reglas podremos medir a los arquitectos de pirámides y templos del mundo no cristiano, y de Tenochtitlán, la ciudad ideal, según Durero, ¿de qué contenido más ricos, entre los santos y los mártires cristianos están Hieronymus, Hildegard de Bingen, San Francisco de Asís, Santa Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila, a visionarios y chamanes de otros mundos a la Milarepa y María Sabá?

Las gentes pequeñas

La cultura, como un ecosistema, no sólo está hecha por los grandes personajes, sino por una multitud de gentes pequeñas, anónimas o medianamente importantes, ahora poco recordadas o por completo olvidadas; las cuales, con sus ideas y trabajo, movieron y animaron el edificio material y espiritual del mundo en su momento. Eran urdimbres humanas, o tejidos familiares y sociales, son desaparecidos, pero fueron determinantes para configurar el ecosistema de la cultura.

Y hablando de ecosistemas, me pregunto con qué criterios, frente a las otras muestras del hombre, en este hipotético tercer milenio se van a considerar las obras maestras de la naturaleza, en qué museo, que no sea la Tierra, tendrán cabida y qué criterio tendrá el juicio biológico o estético para juzgar el rango de un árbol, las colecciones de un arrecife coralino, las plumas de una guacamaya, la piel de un tigre o los alas de una mariposa.

El concepto de Naturaleza que los poetas y los artistas de la segunda mitad del siglo XX se ha modificado. Ya no se ve al mundo natural como en el Renacimiento o el Barroco. Las Epígrafes de Virginia, o un Libro de Horas medieval, al bajo la época de los poetas románticos del siglo XIX. La manera de ver el agua, el aire y el suelo es diferente. La hermandad soñada en el hermoso poema *El Cabello de la Chica de San Francisco de Asís* se ha ido. Hemos pasado de un espíritu contemplativo a uno activo o armado. Los jardines, los parques y los bosques que han defileado al hombre



Hacia el fin del milenio. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hacia el fin del milenio. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile